

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Estoy feliz, en Sanborns. Hace mucho que no venía. Es padrísimo levantarte temprano, vestirme, salir corriendo, y llegar antes de las nueve de la mañana, con tu cuaderno y tu pluma, a un café.

Me instalo, pienso que desayunaré. ¿Menudo jalisciense? Me encanta, pero no tan temprano. Gorditas, huevos rancheros, tamales, mmmm, qué rico, pero no. Me decido por un waffle con tocino, manjar engordador y delicioso que casi nunca como. Pero hoy sí me voy a dar el gusto.

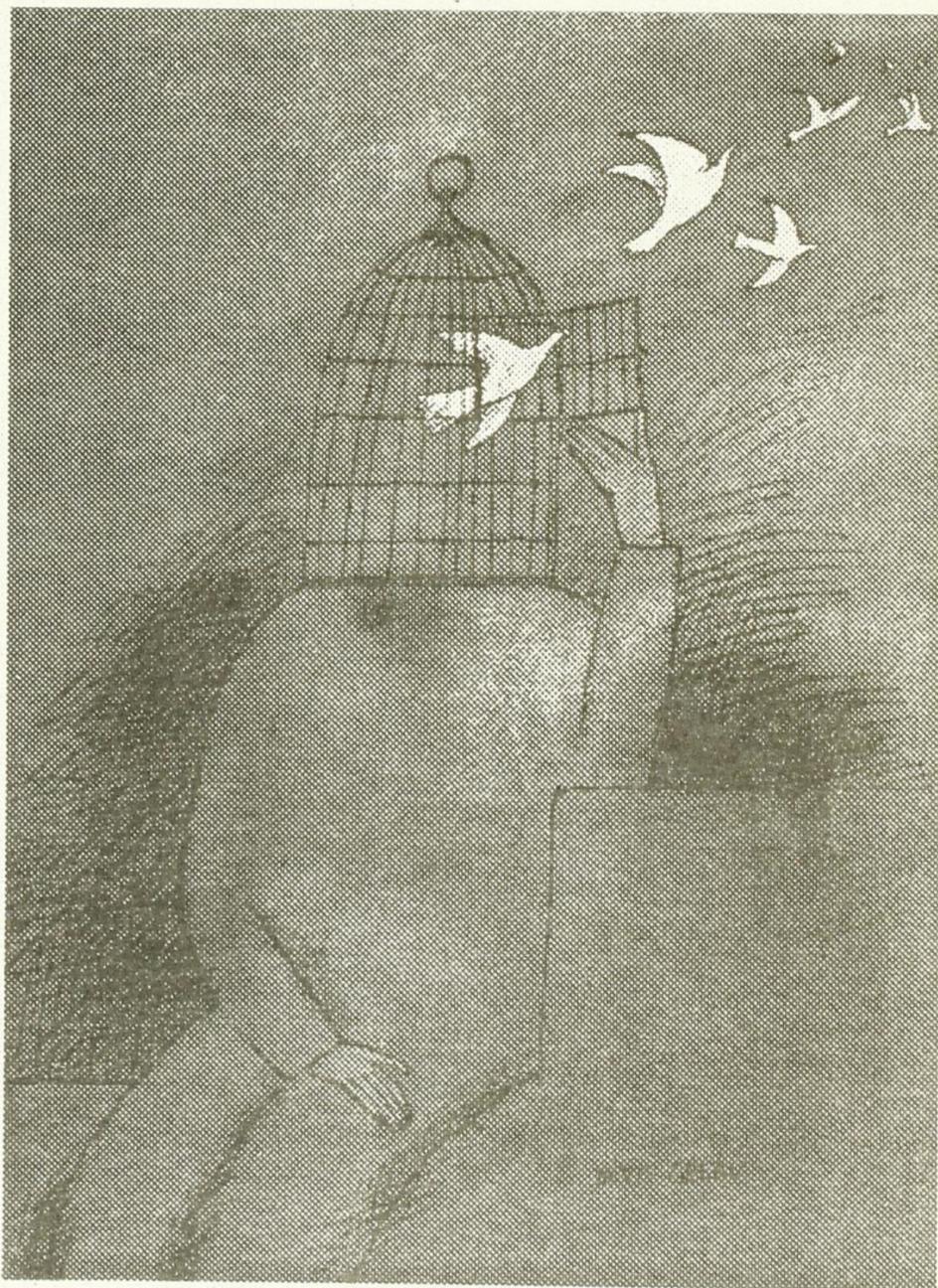
Escribir. Escribir, con el cuaderno a la derecha de la taza de café. Creo que es uno de los máximos placeres que puede haber en el mundo. Más a la derecha, los cigarros, y enfrente el cenicero. La mesa es lo suficientemente grande para que te quepa el café, la otra comida, el florerito, tus cuaderno, tus libros. Los sillones son grandes y cómodos; en el sillón de junto, además, puedes poner tu bolsa y tus otras cosas.

Levanto la mirada. La vista no es maravillosa, la decoración tampoco. Gente, idas y venidas, caras, gestos. Veo sin ver.

Si pongo atención, hay mucho ruido a mi alrededor. Un murmullo general, bastante fuerte, de las voces de los otros comensales. El sonido de tazas, platos, cubiertos, trastes que entrechocan. Una musiquita horrible y anodina que afortunadamente no está a demasiado volumen; sólo contribuye a ese conjunto general que te envuelve y te ayuda, paradójicamente, a concentrarte en tu escritura. Porque finalmente es un ruido noble y anónimo que no llama tu atención.

Nadie dice oye Marcela. Nadie dice

mamá. Nadie dice maestra. Nadie se dirige a tí más que la amable y folklórica mesera, de vez en cuando: ¿Le sirvo más café? Nadie te pregunta qué será bueno hacer de comer, ni suena tu teléfono, ni menos el timbre, ni te tienes que parar a abrir, recibir el gas, el cartero, dar una limosnita para una misa, correr a las testigas de Jehová porque no te interesa por el momento



escuchar la palabra de Dios. Nadie ladra porque ya tiene hambre. Ningún gato se sube a la mesa ni se rasca porque tiene pulgas. No ves ningún tiradero ni plantas sin regar ni paredes que ya necesitan pintarse ni una lejana y molesta telaraña, ni se te antoja ir por un trapito porque te está distraendo el polvo sobre la vitrina del comedor. Ninguna voz te dice señora me da para un axión o mamá, ya me voy, me das dinero, es que voy a la escuela y después a casa de Daniel y de ahí yo creo que vamos a ir a una tocada en Rockotitlán pero yo creo que no vengo a dormir o a lo mejor sí, pero quién sabe, porque no sé si Pablo va a llevar nave, pero yo te hablo, porque a lo mejor sí llego, pero tarde, pero si no llego no te preocupes, es que me quedé a dormir en casa de Garibay y si me habla Alessio le dices por favor que me hable allá o que yo le hablo.

En

Sanborns nadie te conoce ni te molesta. Te puedes aventar dos o tres horas seguidas de concentración a un costo barato: si no tienes dinero, te dejan estar todo el tiempo que quieras por el precio de un café. Por lo demás, no va uno especialmente a Sanborns a comer; no es mi comida favorita. Me gusta más como café y como escritorio.

A algunas de mis amistades les choca Sanborns. Les gustan mucho más otros restaurantes, otros cafés con más sabor, con más intimidad. Yo las respeto y las acompaño, sobre todo si se trata de ir a comer en serio. Pero yo, para escribir sola, prefiero mi personal tradición. Es más: ir a un café a Sanborns me parece siempre como una fiesta, y confieso que hasta me gusta el sabor de su café "americano".

Será por mi pasado. Desde que tenía dieciséis años, en la preparatoria, disfruté las delicias de las pintas mañaneras, con café y molletes, y pláticas entrañables. Luego, a los

dieciocho, descubrí el encanto de leer y escribir en un café. Lo tuve que hacer porque cuando salía de trabajar del banco, y antes de irme a la universidad, estudiaba. Esto no era muy acostumbrado por las mujeres; todavía no "se usaba" que una mujer se sentara sola en un café o un restorán. Algunas amigas no toleraban hacer esto, ni siquiera para esperarme: "Mejor nos vemos en las revistas".

Pero a mí siempre me encantó. Yo en

Sanborns hice la carrera. Redacté trabajos, preparé exámenes, leí miles de libros, pasé apuntes. Y aprendí a escribir: cartas, diarios, poemas. También ha sido el lugar privilegiado de cien mil pláticas, casi siempre profundas y larguísimas y todas las veces enriquecedoras. Gracias a esos cafés me enamoré y me casé, y gracias a esos cafés me divorcié. Entre sus mesas me hice filósofa y me hice feminista; frente a sus tazas azules he dado y he

recibido sesiones fundamentales de terapia y he entretéjido a mis más grandes amistades.

Hoy me siento verdaderamente feliz de haber vuelto. Ya extrañaba yo mucho estos ratos de soledad. Desayuné rico, me sentí libre y soberana. Pude escribir unas sesudas reflexiones y este texto, alegremente, de un tirón. Me propongo repetir la experiencia más seguido, vencer la inercia, el sueño y la piyama. Atreverme a salir de mi casa.

Ya nomás me falta comprar mi lap-top. Así no tendré que llegar a pasar los textos en limpio en la computadora. Mientras tanto, tengo mi cuaderno y mi pluma, que siguen siendo una bendición.

Y pensándolo bien, ¿para qué queremos un estudio, o una cabaña frente al mar? ¿Para qué queremos tener una habitación propia las escritoras? Si, francamente, es mucho mejor irse a un café... *jem*

